

## EL SECRETO DE LUISITA

---

### CUENTO

Es una juvenil aventura de un pintor paisajista, hoy muy notable, y de quien todos sus convecinos conocen los hermosos cabellos negros rizados, marcados apenas con algún hilo de plata en las sienes, y los grandes ojos azules, llenos de bondad y de melancolía, que pocos habrán visto sonreír. Entonces era una de aquellas figuras que

vefan en sueños las muchachas leyendo las baladas amorosas de Prati. Había en su cabellera una imagen de los bosques y en sus pupilas un reflejo de los cielos que su noble pincel buscaba con predilección. Y le hacía aun más simpático el olvido de la propia belleza, que mostraba en el abandono del vestido y en el andar frailuno, con la cabeza baja y á grandes pasos, como un hombre á quien le importaran un bledo los juicios de los demás.

Dió ocasión á la aventura la carta inesperada de un amigo, antiguo compañero suyo de colegio, el cual le decía:—«Querido amigo: Hace tres meses que somos vecinos, y un mes que me tiene clavado en la cama un maldito reumatismo poliarticular. No querrías venir á fumar un cigarrillo á la cabecera de tu antiguo afilador de lapiceros?»

El autor de la carta, «holgazán activo» de profesión, como él se llamaba, y en efecto, un pobre diablo jovial, había sido en el

colegio uno de los más devotos admiradores de su incipiente ingenio de artista, y de su admiración solía darle pruebas todos los días afilándole magistralmente los lapiceros; que era el único arte (decía) en que esperaba «hacerse un nombre». Hacía un año que se habían perdido de vista, un poco como por casualidad; pero más bien porque el pintor era un trabajador asiduo, esquivo por naturaleza á las compañías alegres, con las cuales desentonaba su rostro pálido y triste y se avenía mal su espíritu grave de puritano, intolerante con el libertinaje de las conversaciones juveniles. Pero el afilador de lapiceros, no obstante su carácter ligero y la vida pecadora, le había hecho gracia por la franca cordialidad de buen muchacho.

Por esto, apenas leyó la carta, salió de casa para ir á encontrarlo. Vivía en la calle de Alberto Rota, cerca de él, en una casita elegante; que sólo habitaba con él alguna familia noble.



En cuanto entró en el portal y volvió la cabeza hacia la portería que estaba á la izquierda de la escalera con la puerta abierta, se quedó sorprendido. Vió allí sentada, delante de la mesita de trabajo, con la cara vuelta hacia él, una muchacha, que al principio creyó que sería una señorita de alguno de los pisos principales, que hubiera bajado por algún motivo extraordinario. Pero estaba cosiendo, y no podía ser más que la hija del portero. Tenía la carita pálida, con la blancura de la nieve, rodeada de rizos oscuros é iluminada por dos ojos celestes limpidísimos, admirable por la finura y armonía de sus líneas si bien algo pequeña para la amplitud de matrona de sus hombros, que hacía aparecer aun más fino el talle esbelto y gracioso, sobre el cual se mostraba recta como una amazona.

Todo el mundo, siendo joven, ha visto alguna de estas caras de mujer que causan estupor como si respondieran á un ideal secreto, y que parecen decirnos al encon-

trarlas por vez primera:—Yo soy la que buscas, tú eres á quien yo espero.

El pintor se paró á mirar á la muchacha como si hubiese oído que le llamaban por su nombre.

Los ojos de ella se fijaron en los suyos, se dilataron y brillaron como expresando su mismo sentimiento: luego se replegaron sobre la labor.

El pintor encontró á su amigo en la cama, ya mejorado; y su carona de hombre contento, su ruidosa charla de colegial, y más que todo el aspecto pintoresco de su cuarto, tapizado con retratos de mujeres guapas, atestado de novelas eróticas y de periódicos mundanos, llenos de tabaco de cigarrillos, le distrajo por un momento. Pero luego, se le presentó delante la carita que había visto abajo, como reflejada en un espejo. Y hubiera querido hacer conversación de ella con su amigo, para saber algo; mas el temor de alguna broma fuera de tono ó de alguna noticia que pudiese herir en su



simpatía, venció su curiosidad. Al día siguiente volvió á la misma hora, y con alegre sorpresa del enfermo, todos los días. Y al entrar y al salir veía siempre á la portera, sentada cerca de la mesa de labor, sola la mayor parte de las veces, alguna vez en compañía de otra mujer como de cuarenta años, ya con el pelo canoso, que tenía con ella un parecido calumnioso: sin duda su madre; y por la cual averiguó un día, al llamarla por el patio, que la muchacha se llamaba Luisa. Siempre que pasaba se encontraba con la mirada de aquellos hermosos ojos celestes, que, al fijarse en los suyos se ensanchaban, brillaban y luego se recogían, velándose, sobre la labor. Cosa singular. En aquel rostro hermosísimo, en que debían resplandecer la alegría y el orgullo juvenil, había una expresión de melancolía que dejaba comprender que no era pasajera, sino habitual y no de origen reciente; y no sólo era expresión de melancolía, sino de resignación sin esperanza por alguna

desventura, de soledad inconsolable del alma y casi de una humildad dolorosa. Y no podía ser aquélla la tristeza de la culpa porque de la frente blanca, de los ojos dulces, de la boca bondadosa se desprendía una pureza virginal, ni siquiera velada por una sombra de la coquetería más discreta. Luego poco á poco fué observando en aquella cara otra expresión. Deteniéndose á mirarla con mayor fijeza, sus ojos, después de brillar con los reflejos de la más dulce y viva simpatía, se apagaban de pronto como por efecto de un sentimiento opuesto, y su frente, inclinándose, se fruncía, como si expresara un acto de renuncia de la voluntad, la repulsa de una ilusión querida, una indiferencia impuesta con penoso esfuerzo, mientras en los labios contraídos palpitaba una ligerísima sonrisa casi irónica, más amarga y más triste que cualquier palabra.

El misterio alimentó la llama que al cabo de pocos días fué deseo ardiente.

Para tener un pretexto de hablarla, escri-



bió á su amigo dos renglones en los que le decía que aquel día, con gran pena suya, no podía ir á visitarle como de costumbre, pero que iría al día siguiente; se asomó á la puerta con la carta en la mano y dijo á la muchacha:

—Hoy, señorita, no tengo tiempo para subir á casa de mi amigo... Querría V. tener la bondad de entregarle esta carta?—Y entró para dejar la carta sobre la mesa.

Ella, que estaba sentada trabajando como siempre, hizo con la cabeza y con la cintura, al acercarse él, un movimiento como de repulsión, y le miró con ojos inquietos, como temiendo que llegase á ver en la habitación algo que le interesaba á ella ocultar.

—Un amante escondido!—pensó el joven, y miró en derredor. No había nadie, sin embargo, ni mueble alguno tras del cual pudiera ocultarse.

Y entonces, retrocediendo hasta la puerta, murmuró él con voz tímida y cariñosa:

—He sido un indiscreto al entrar así sin pedir permiso... Perdóneme, señorita.

La muchacha se puso encendida, pero no contestó.

Él repitió con mayor dulzura:

—Perdóneme.

Ella contestó que sí con una ligera sonrisa, mirándole con ojos tiernísimos, que enseguida se desviaron y se apagaron; su pecho se agitaba; parecía ansiosa por un deseo impaciente de que saliera y al mismo tiempo contenta de que hubiese entrado sin descubrir nada.

Esperó él á que volviera á mirarle y le dijo:—Qué hermosa eres!—pero sin voz, rozando sólo las palabras con los labios. Ella lo comprendió, su semblante se iluminó, y luego dobló la frente turbada, como sobrecogida de improviso por repentina tristeza.

Tres días después volvió el joven á recurrir otra vez al pretexto de la carta; pero esta vez fué más atrevido. Al entrar en el portal oyó un hilo de voz armoniosa—voz



de pájaro solitario—que parecía venir de lejos y que cantaba un aire melancólico; del cual no consiguió coger las palabras porque cesó de golpe al acercarse él. Entregó la carta á la muchacha y después de breve silencio la preguntó:

—Era su bonita voz la que he oído al entrar?

La muchacha inclinó la cabeza y no contestó.

Siguió otro corto silencio. Y después él le dijo con ternura:

—V. trabaja demasiado, señorita. Siempre aquí metida... al pie de la mesa. Ni una vez la he visto descansar.

Luego añadió con un acento que la estremeció:

—Me da pena.

Ella al fin contestó; pero sin mirarle.

—Trabajo por necesidad—dijo con voz de niña cansada—... y con gusto.

—Pero también el descanso es una necesidad—repuso el joven.—Me agradaría mu-

cho verla alguna vez pasear. Mire que sol tan hermoso! levántese un momento y dé una vuelta por el patio... Jamás la he visto en piel

Al oír aquellas palabras la muchacha se estremeció visiblemente y su rostro se turbó como si hubiese sufrido una punzada en el corazón.

—Le he dicho á V. algo que le desagrade? —interrogó de pronto el joven, sorprendido.

—Oh, no—contestó ella en el acto, con dulzura.—Al contrario... Por qué me había de desagradar? Y permaneció como afligida y avergonzada. Mas aun en medio de aquella turbación, las rápidas miradas que ella le dirigía de vez en cuando, expresaban una simpatía tan fogosa y una gratitud tan profunda, que se fué con el corazón emocionado como si se tratara de una franca declaración de amor.

Y su pasión crecía más y más, inflamada por la curiosidad de un misterio que él sen-



tía vagamente, como flotando en el aire, y adquirió tal fuerza que se vió obligado á desaprisionarla de su corazón, fueran las que fuesen las consecuencias á que su decisión le arrastrase. Él era de esas naturalezas ardientes y sencillas, bastante frecuentes entre los artistas y los hombres de estudio solitarios, sin experiencia del mundo aun en la edad madura, las cuales, cuando las muerde el amor en lo hondo por vez primera, pasan por cima de toda razón de interés y de conveniencia, y hacen esos matrimonios precipitados é increíbles de que la gente de su clase murmura y se divierte como de escandalosas locuras; de aquellos hombres para quienes no hay en el amor ni alturas ni descensos sociales, que no disciernen en la criatura amada ni siquiera la más patente indignidad moral, que se casan de golpe y porrazo, rebelándose contra todo consejo ó impedimento de parientes ó amigos, con la hija coquetuela del portero, con la costurera analfabeta, con la modelo

aventurera; y no ya por ceguera del deseo sensual, sino por verdadero é indomable amor, porque su ingenua imaginación ve todas las virtudes del alma, todos los refinamientos de la educación, todas las seguridades de una felicidad completa en la persona de que se apasionan.

El joven quizá habría tardado todavía algún tiempo en manifestarse; pero le forzó á precipitarse el hecho de que habiéndose restablecido su amigo, y teniendo que irse á pasar el verano al campo con la familia, ya no tendría, una vez que se marchase, pretexto alguno para volver á aquella casa, y quería, antes que entrar en ella sin pretextos, estar seguro de no entrar inútilmente.

El día antes del viaje, se fué allá á hacer la última visita, resuelto á declararse francamente á la muchacha, para obligarla de esta suerte, si realmente ocultaba algún secreto que la separase de él, á revelarlo.

Allí estaba en su sitio acostumbrado,



atenta al trabajo como siempre; pero con un vestido nuevo, color de violeta, matizado de estrellitas blancas, sencillo y ceñido, que ponía en completa evidencia la espléndida gracia de su figura, y que parecía habérselo puesto de intento, adivinando su propósito, para festejar la declaración de su amor.

Emocionado como estaba—porque sentía en su honrada conciencia á qué le había de conducir el paso que iba á dar—la vió casi á través de una niebla, más bella y más graciosa que nunca, con los ojos más grandes y más puros, y como en lontananza.

Se encaminó á la puerta con pasos resueltos, y después de titubear un poco comenzó con la frase más común de este mundo:

—Cómo está V.?

No fué menos común la respuesta:

—Bien, gracias, y V.?

Mas sobre ambos semblantes relampagueaba el preludio del drama.

El joven saltó el foso.

—Permítame decirle una cosa—balbuceó con voz demudada—y no lo tome á mal. No se la digo por capricho sino con toda seriedad y con todo el corazón.

La muchacha palideció, mirándole fijamente con ojos que expresaban el presentimiento de un gran dolor.

El no veía ya nada. Prosiguió.

—Permítame decirle que es V. hermosa, señorita, que es la gracia y la distinción personificada... que siempre que he venido en busca del amigo, venía á verla á V... y que mi corazón palpita cuando paso por delante de su puerta... y que ahora, mientras le estoy hablando, tiemblo como un niño... déjeme concluir... y que si no temiera ofenderla besaría mil veces esas pobres manitas blancas que trabajan tanto y esos ojos tan bondadosos y tristes que encantan mi corazón...

La muchacha lanzó un gemido de gozo y luego contrajo el semblante con ex-



presión dolorosa; contestándole en voz baja:

—No me diga eso!

—No crees V. que hablo con seriedad?— preguntó ansiosamente el joven.—No me cree V. un hombre honrado?

Esta última pregunta pareció oprimirla el corazón más fuertemente. Y se apresuró á decir con una ansiedad infantil:

—Oh, sí sí!... No me diga esto... No me diga nada, se lo ruego; no me haga sufrir... por caridad!

Y como agotada por la emoción, apoyó el codo sobre la mesa, dejando caer la cabeza sobre la palma de la mano, y permaneció así, temblorosa y agitada, con el semblante descompuesto y la mirada fija en el suelo, como aterrorizada.

El joven la miró un momento, atónito, incierto. Luego murmuró:

—Perdóneme, señorita... He sido demasiado... La dejo á V. algunos minutos... Reanímese V. Luego vuelvo.

Y al irse volvió la cabeza para mirarla. Mas ella no se movió.

Maravillado y turbado como nunca, y agitado todavía por la emoción amorosa, subió casi á la carrera las escaleras, plenamente decidido esta vez á preguntar abiertamente á su amigo, á quien encontró atareado con los preparativos de marcha, en medio de un gran desorden de trajes y ropa blanca, y envuelto en espesa nube de humo de cigarrillos. Mas al verlo tan alegre, con la cara encendida por el gozo, y de la cual se traslucía el gusto loco de volver al cabo de dos meses de clausura á la antigua vida de placeres, mantuvo su boca cerrada por el noble pudor de la pasión propia, de llegar á saber algo, que revelando el misterio humillase su amor propio y le arrancara brutalmente su ilusión querida, después de haber cerrado un baúl, sin cesar de hablar alegremente; su amigo se sentó á una mesa donde había un montón de billetes pequeños de banco, preparados



para saldar las cuentas antes de marchar, y se puso á distribuirlos indicando una por una, con palabras festivas, á quien estaba destinada cada cantidad.

—Esta por el caritativo comendador que me da albergue... Esta para el sastre que me viste... y que me despluma. Esta para el médico que me conservó para admiración de los italianos... y así sucesivamente. Por fin tomó el último billete de diez liras que quedaba, y agitándolo delante de un ojo, que guiñó en actitud misteriosa, dijo muy quedo:—Y este á la bella Luisilla, por un servicio secreto... que la delicadeza me prohíbe decir.

Al pintor se le subió la sangre á la cabeza, como si hubiese recibido un insulto.

—Luisa!—exclamó.—La hija de la portera?

—Ella, sí—replicó el amigo, continuando con la maliciosa sonrisa.—Ah, también la conoces tú! Es estraño que jamás hayamos hablado de ella. Pues bien, de qué te sor-

prendes? O es que la cantidad te parece demasiado modesta para muchacha tan guapa! Los seguramente, que no le dan más otros. Es la cantidad convenida. Y por qué no habías tú de ser uno de tantos? Palabra de honor, que jamás habrías gastado mejor un par de duros.

El pintor se puso lívido; poco faltó para que no lanzara un grito. Preguntó con voz sofocada:

—Es posible?

Su amigo le miró sorprendido.

—Ah!—exclamó luego riéndose—no es lo que tú piensas. Diab! Tú no sabes una palabra. Es una suscripción que se ha abierto entre los inquilinos para que el ortopédico Rota le haga una pierna artificial á la muchacha, que hace años la está deseando: cien liras; último modelo perfeccionado, con sus excelentes articulaciones de acero y su piecesito calzado; una maravilla que le hará el mismo servicio que una pierna viva. Pero qué cara tan rara pones? Aposta-



ría á que todavía no has advertido que sólo tiene un *apoyo* la pobre niña! No?... Ay, ya, como tú no has venido nunca á verme más que á las horas en que está sentada trabajando. Pobre Luisilla! Hace diez años, cuando tenía ocho, se cayó de cabeza desde una ventana del piso principal. Hay quien dice también que fué desde una escalera, por un puntapié que le dió el padre borracho, un bruto, que reventó. Pero yo soy optimista y me quedo con lo del piso principal... en suma, una horrenda fractura del fémur, que hubo que amputárselo á cuatro dedos de la articulación.. y es un milagro que esté viva.

Calló un momento; luego, continuando sus vueltas por la habitación y metiendo cosas en el baúl, añadió:

—Hace diez años que anda con muletas. Qué lástima! Si tú la vieras, aun con muletas, qué figura tan magnífica! Mientras fué una muchachilla, dicen, que soportó su estado con valor; quizá con alegría. Bajaba

las escaleras á la carrera, apoyando una muleta en los escalones y haciendo resbalar la otra sobre el pasamanos, con una rapidez que daba vértigo, y todo el día se lo pasaba cantando como un pájaro. ¿Tú has oído alguna vez su vocecita? Luego, con la pubertad, le sobrecogió una tristeza que da compasión. Entonces fué cuando sintió toda su inmensa desgracia. Puede imaginarse escarnio más brutal de la suerte? Mutilar un amor, una perfección de criatura como esta! Y es tan buena como el pan y trabaja por síste: ella es la que cosiendo diez horas diarias, con una habilidad extremada, ha logrado que su madre pueda comer pan blanco. Agrega que ha leído mucho, que ella sola ha estudiado y que sabe mil cosas. En la desgracia se ha dado una educación de señorita. Pero cuán infeliz es!

Cerró otro baúl, encendió un cigarrillo y siguió colocando ropa y charlando.

—Tanto más infeliz cuanto más hermosa es... porque precisamente es la belleza, se



comprende, la que le hace sentir la deformidad con mayor amargura. Agradar á todos y no ser querida de ninguno, que desdicha! Cuida de que no la vean llorar; pero llora por una palabra, por una mirada que la dirijan en la calle, por una nonada; á veces llora la noche entera, dice su madre. Su único consuelo es engañar, estando sentada en la portería, á alguno de los que pasan, el conseguir una amorosa mirada, de vez en cuando, de quien no sabe... lo que le falta. Anda lo menos posible. Tiene escondidas las muletas en un rincón del cuarto, á la izquierda de la puerta, para que ninguno de los que pasan las vean. Una mártir... Tendrá una juventud breve. Pero es hermosa, suerte cruel, muy hermosa! Qué te parece á tí? No veo la hora de que tenga la pierna de Rota, derecha como un uso, con su talle de reina. Será un esplendor. Y al menos tendrá el consuelo de engañar al mundo por la calle, de que todos admiren, sin mezcla de compasión, su hermosura de

ángel condenado. Se podría apostar á que siempre que salga del brazo de su madre llevará á la rastra una legión de suspirantes.

A las primeras palabras del amigo el pintor sintió una conmoción de horror y de angustia, como si en aquel momento estuviera viendo caer las carnes de la pobre muchacha bajo el ensangrentado cuchillo del cirujano. Luego había permanecido inmóvil y mudo, impasible en apariencia, como si aquel hierro imaginario hubiese cortado también de un golpe su pasión, y nada pudiera conmoverlo ya de cuanto le dijeron de aquella desventurada. Y ya no dijo una palabra más que para despedirse en voz baja del amigo estupefacto.

Cuando llegó, sin embargo, al rellano, asaltado por una multitud violenta de ideas y sentimientos opuestos, se detuvo, como desalentado; y tuvo que seguir bajando despacio, deteniéndose de vez en cuando y hacer un esfuerzo para esclarecer su conciencia y recomponer el espíritu y el sem-



blante antes de volver á pasar por delante de aquella puerta. Su amor había concluído pues... ¿Y por qué? Qué había sido su amor? Qué es lo que él había amado? La causa que apagaba su pasión no debería haberla hecho tomar mayor fuerza, si él hubiese tenido un alma verdaderamente noble y buena? Por su mente cruzó como un relámpago una idea sublime, hasta la cual hubiera debido elevar su corazón. Mas no osó ni siquiera medir con el pensamiento aquella altura. Buscó, se representó con la imaginación la realidad secreta y material de la desventura, y huyó con frío temblor en su cuerpo.

—No!—exclamó en su corazón.—Es imposible!—

Y con esta palabra impuso silencio á su conciencia, que en aquel instante calló; pero más confundida que vencida. Luego sintió un consuelo al ver que su pasión se disipaba en un sentimiento tranquilo de ternura y de piedad infinita.

Una vil tentación le asaltó, sin embargo, al final de la escalera; la de salir sin volverla á ver, furtivamente. Mas un impulso imperioso del corazón le empujó hacia la puerta, donde se encontró casi contra su voluntad, inconscientemente, con el sombrero en la mano, antes de haber pensado en lo primero que había de decir.

Al verle le pareció á ella lefa en su rostro que lo *sabía*.

Él la miró fijamente. Vió en sus ojos aquel pensamiento. Todo disimulo era vana.

—Señorita—le dijo con voz ahogada y con una mirada vaga, errante, en torno de su figura,—mi amigo se marcha mañana. Quizá... por algún tiempo... no tendré la dicha de verla. Acuérdesse de mí alguna vez... Yo me acordaré de V. toda la vida.

Si el significado de las palabras hubiese podido dejar todavía una sombra de duda, la habrían disipado el acento y el temblor de los labios con que fueron pronounciados. Eran un adios.



Ella palideció, brotaron dos gruesas lágrimas que vinieron á caer sobre la labor que tenía en las manos, y le miró con una expresión de tan desconsolada tristeza que él se lanzó para cogerle la cabeza y besar su frente. El ruido de pasos en el patio le detuvo. Se volvió entonces á mirar hacia el ángulo de la izquierda de la puerta, tomó con ambas manos las muletas, las besó dos veces y volvió á dejarlas.

La muchacha dobló la cabeza entre las manos y rompió en llanto. Y él huyó, perseguido por los desesperados estallidos de sus sollozos.

---

---

## EL ULTIMO AMIGO

---

BOCETO